

Vuelto en sí, un caracol de nácar toca,
A sus ninfas con el señal haciendo,
A que en su alcázar de cristal de roca
Vuelvan, á su clarín obediendo;
En breve tiempo y en distancia poca
Al palacio de vidrio van viniendo,
Cargadas de jazmines, de mosquetas,
De azucenas, de rosas y violetas.

Manda que dellas tejan tres guirnalda,
Mezclando graos de oro entre las flores,
Perlas entre jacintos y esmeraldas,
Que al sol vencen sus bellos resplandores;
El entre tanto tiende las espaldas
Cubiertas de un cendal de mil colores,
Y cortando sus aguas las voces,
Que festejar á su Criador desea.

No sabe si detenga la corriente,
Como otra vez, porque pasase el Arca,
O se divida humilde y obediente
Como al Profeta que no vió la Parca,
O si de cristal puro y trasparente
Con remos de coral haga una barca,
O haciendo de sus brazos una silla,
Pase á los tres que adora á la otra orilla.

En esto mira que á un pobre barquero
Es el piadoso cielo mas amigo,
Que á Amiclas que escuchó dentro el mar fiero,
« La fortuna de César va contigo »,
Que al padre de la patria verdadero,
Que ha de morir venciendo á su enemigo,
En la barquilla lleva, y á los lados
Los padres del Infante enamorados.

Enladrillar de su cristal quisiera
Las olas canas el ceruleo río,
Y esparcir de su rubia cabellera
Del alba roja el cándido rocío;
Que sabe ha de volver á su ribera,
Y humillando su eterno poderío,
Ha de santificar sus aguas puras,
Que será la mayor de sus venturas.

En esto llega el casto hermoso coro
De las ninfas, que cortan presurosas
De la agua clara el diáfano tesoro,
Que se enciende en miradas tan hermosas;
Vestidas vienen de cendales de oro,
Coronadas de flores y de rosas,
Las hebras del cabello á las espaldas,
Y en las manos de nieve las guirnalda.

Llega la alegre virginal cuadrilla,
Y al rededor con amoroso juego
Cercan la rica celestial barquilla,
Y de mirto y laurel la enraman luego;
Ven la madre de amor, á quien se humilla
La celebrada del lascivo rocío,
Y ven al Dios de amor que amores vierte,
Que por ser Dios de amor viene á la muerte.

Siembran la barca de olorosas flores,
Y cantando suave y dulcemente,
Coronan los divinos resplandores
Del Niño que suspende su corriente;
Y diciendo á la Madre mil amores,
Le coronan la luna de su frente,
Y luego al virginal padre y Esposo
Corona el bando alegre y coro hermoso.

Besan los piés de rosas y azucenas
Del Niño tierno y de cristal las manos
De la que, siempre de mercedes llenas,
Las ocupa en favor de los humanos;
Y ante las luces de Josef serenas
Prostran las de sus ojos soberanos,
Y saltando en las olas las dividen,
Y con los brazos de marfil las miden.

Cargan sobre los hombros virginales,
Llenas de amor y gozo la barquilla,
Y cantando canciones celestiales,
La amarran dulcemente á la otra orilla;
Sacan á los dorados arenales
Los tres, que cada cual los maravilla;
Sale la aurora de las ondas claras,
Haciendo soles sus hermosas caras.

Como suele, enfrenando sus delfines,
La engendrada en el mar, y de su espuma
Salir á ver de su ciudad los fines,
De entre la concha de riqueza suma,
Que sale al dulce son de los clarines
Del pueblo amado que su altar perfuma,
Así sale la Virgen sacrosanta
Al son de la canción que el coro canta.

Sale lleno de luz bello y bizarro
El que juntó con su saber profundo
Al oro eterno el quebradizo barro,
Hecho de amor, que no tendrá segundo;
Sale cual suele en el dorado carro
Safir el sol á dar la vida al mundo,
De entre las ondas, á quien viste de oro
Con la luz inmortal de su tesoro.

Sale Josef, divino mercadante,
Que trae la inestimable margarita
Y al eterno tesoro del Levante,
Que en la India Oriental del Padre habita;
Trae en la nave el rico navegante
El pan que á Heródes de la boca quita,
Sale con su familia el Noé dichoso
Tras el diluvio del destierro odioso.

Apenas dejan la pequeña nao,
Despedidos del río y sus napeas,
Que con fiesta, con música y sarao
Acompañaron al piadoso Eneas,
Cuando tristes escuchan que Arquelaos,
Hijo del que arde entre las sombras feas,
De Judea heredó la tetarquía,
Nueva que volvió en pena su alegría.

Temió ir allá Josef, mas luego el cielo,
Que tiene cargo dellos, le da aviso
Que lleve al galileo y fértil suelo
Al que su padre y guarda hacerle quiso;
Sacude alegre de temor el hielo,
Y con las flores de su paraíso
Se parte á Nazaret, y yo entre tanto
Quedarme quiero, dando fin al canto.

CANTO XXI.

De cuando perdieron Nuestra Señora y san Josef
á Cristo nuestro Redentor.

Quien de veras ha estado enamorado
Y al yugo dulce del amor rendido,
No digo del lascivo Argos vendado,
Lince sin ojos, del honor olvido,
Niño caduco, desnudillo armado,
Veneno azucarado, bien fingido,
Ave de plomo, voladora fiera,
Diamante blando, empedernida cera;

No digo del alnado del herrero,
Que aprisionados suelta y libres ata,
Que es necio, sabio, mudo, pafabrero,
Y basilisco que sin vista mata;
Lobo con piel de cándido cordero,
Ponzoña que se da en vaso de plata,
Cobarde, fanfarron, rico muy pobre,
Y con quilates de oro bajo cobre;

No digo del que el ocio dios ha hecho,
Que es hijo de un herrero y de una errada,
Que como viboreznó rompe el pecho
De la madre, aunque hermosa, desdichada;
No deste fuego blando y lazo estrecho,
Sabroso acibar, píldora dorada,
Pan que no harta, sed que siempre dura,
Llaga que sabe bien, dulce amargura;

No del que con su fuerza abrasadora
Deshace el rayo que á la tierra espanta,
Que como alevé cocodrilo llora,
Y cual sirena encantadora canta;
No del que el mal afeita y daño dora,
Harpía vil, Medea atroz que encanta,
Circe que prende, esfinge que desmiembra,
Labrador que ara el aire y el mar siembra;

No deste falso amigo que nos vende,
Luz de linterna que encandila al alma,
Gloria de oídas, bien que no se entiende,
Mar tempestuoso con vistosa calma,
Tesoro que, tocado, lo es de duende,
Fruto que espera el que plantó la palma,
Red invisible, incendio de la tierra,
Paz instantánea, perdurable guerra;

No deste pescador con piel de cabra,
Que caza al simple pez diciendo amores,
Hechizo dulce que amarguras labra,
Rey que condena al que hace mas favores;
No del que al mas amigo descalabra,
Miel entre espinas, aspid entre flores,
Mal deseado, llaga no sentida,
Locura voluntaria, amada herida;

No del que trocó el arco con la muerte,
Que, ciego, á todos igualmente heria,
Y al sol que al mundo su belleza vierte
Hizo abrasar por una planta fria;
No del que siendo contra todos fuerte,
Herido de una abeja vino un dia
A Venus, que le dice si se queja:
« Hijo, tu oficio te usurpó la abeja »;

No deste jactancioso, que se alaba
Que tras sí lleva un número infinito;
No del que hace á la razon esclava,
Poniendo en su lugar al apetito;
Que volvió rucua de Hércules la clava,
Que llevó á César por Cleopatra á Egipto,
Que encendió á Troya, que arruinó la Grecia
Y asoló á España en una honrada necia;

No del que á Jove dió el paje de copa,
Haciéndole, aunque rey del alto coro,
Por Leda eisne, toro por Europa,
Por la encerrada Danae lluvia de oro;
Fuego escondido entre la blanca ropa
De Egina, á quien robó el casto tesoro,
Diana por Calisto y por lo niebla,
Que cautamente á su mujer aniebla;

No del que trasformó á sus dioses vanos
En mas formas que brota Etna centellas,
Que gotas tiene el mar, su arena granos,
Que aves el aire ni que el cielo estrellas;
No del que no perdona á los hermanos
Que soliciten las hermanas bellas,
Que enciende por el hijo á la vil madre,
Y quita por la hija el seso al padre.

No del que á los Alcides y Teseos,
Ariadnes, Tisbes, Prognos, Filomenas,
Narcisos, Ganímedes, Macareos,
Mirras, Fedras, Semiramis, Elenas,
Leandros, Anteoques y Perseos,
Pasifaeas, Clitemnestras, Aulíenas
Y otro infinito número de gente
Sujeta torpe y afrentosamente;

No de aquel que enseñó las hijas bellas
De los hombres á los de Dios amados,
Que quitando la luz á sus estrellas,
En el diluvio los dejó anegados;
No del que hizo saltar vivas centellas
De los ojos de Dina regalados,
Que al príncipe Siquen dejaron ciegos
Y entrada la ciudad á sangre y fuego;

No del que de Josef á la ama hermosa
Encendió blandamente el tierno pecho,
Que abrasada en su vista milagrosa,
Le daba parte en el vedado lecho;
No del que tras la cena sumptuosa
Puso el asirio fuerte en tanto estrecho,
Que pensando gozar de su querida,
Fue la viuda que amaba su homicida;

No de aquel que al que halló el panal sabroso
En la boca del fuerte obligó á tanto,
Que vino á hacerle de una extraña esposa
Contra la justa ley del pueblo santo;
No del que al manso Rey justo y piadoso
Desnudo le ofreció un hermoso encanto,
Con que le emponzoñó el rendido pecho,
Después un mar de llanto y dolor hecho;

PE-II.

No del que á Amon contra su hermana incita
Que estuprando la virgen descuidada,
De su presencia con furor la quita,
Pena comun de una mujer gozada;
No del que á los dos viejos solicita
Por la rara beldad de la casada,
Que desnuda, cautiva, helada enciende,
Y no juez á los jueces prende;

No de aquel que del templo en los retretes
Vió Ezequiel que le sacrificaban
Las almas entre torpes ramilletes,
Con que su mal olor disimulaban;
Al cual con odoríferos pebetes
Los viejos entre sapos incensaban,
Llorando á Adónis muerto las mujeres,
Que muertos lloran siempre sus placeres;

No del que al Rey de todos el mas sabio,
Que vió la vanidad de vanidades,
Hizo que hiciese á su Criador agravio
Adorando torpísimas deidades;
No del que al ángel Juan, que movió el labio
A Heródes predicando las verdades,
Le segó de los hombros la cabeza,
Que cortada reprehende su torpeza;

No del que tiene contra el hombre espada
Y contra la mujer fuego suave,
Está desnudo contra el pez que nada,
Y tiene alas con que alcanza al ave;
Arco para la fiera no domada,
Venda para poner al hombre grave,
Edad de viejo, de muchacho el rostro,
Siendo del mundo idolatrado mostro;

No digo de ese laberinto griego,
Que tiene entrada y no tiene salida,
Cárcel del alma, de los ojos fuego,
Espada que amenaza en la comida,
Sueño de hombre despierto, luz de ciego,
Infierno triste que atormenta en vida,
De los vivientes un tirano fuerte,
Casi tan general como la muerte;

No digo deste, sino del divino,
Del celestial, del puro, hermoso y casto,
Hijo de la virtud, que al suelo vino
A ser del virginal corazón pasto;
Deste, que anda en el mundo peregrino,
Y trae entre el sayal grosero y basto
Cosido al pecho un celestial tesoro,
De las Indias del cielo inmortal oro;

Deste, que tiene el rostro descubierto,
Amoroso, risueño, afable, humano,
Que trae el pecho virginal abierto,
Mostrando el corazón su franca mano,
Que tiene por divisa vivo y muerto,
Invierno adverso, próspero verano,
Lejos y cerca, letra que declara
Que nunca al bien que quiere desampara;

Deste lazo suave y yugo hermoso,
Que corazones amoroso enciende,
Que destierra el temor, que no está ocioso,
Y el bien ajeno y no su bien pretende;
Deste, como la muerte poderoso,
Que da descanso al que en su cárcel prende,
Que hace al pobre rico, al flaco fuerte,
Y triunfa de la vida y de la muerte;

Deste, que en los trabajos es constante,
Deste que de las penas es consuelo,
Que jamás engañó al querido amante,
Ni jamás engendró traidor recelo;
Deste, de la virtud divino atlante,
Algarabía del amor del suelo,
Deste, que nunca quema y siempre alumbra,
Y al mas humilde á honor mas alto encumbra;

Deste, que con un éxtasi amoroso
Trasforma el alma en el que la ha robado,
Estando mas en el amado hermoso
Que en el cuerpo que anima frío helado;
Deste, cuyo poder maravilloso
Hace uno del amante y del amado,
Que parece que un alma á dos informa,
O que dos almas son de un cuerpo forma;

Deste, que siempre en la razón estriba,
Siempre pagado y bien correspondido,
Que da la vida amada porque viva
La mitad de quien vida ha recibido;
Deste, que por virtud transformativa
En sí quedando, está a su amado asido;
Es dos, es medio, es uno y uno en cuatro,
Monstruo que admira al general teatro;

De aqueste virtuoso, que al vendado
A sus sagrados pies miró rendido,
Y habiéndole del arco despojado,
Le echó en el fuego, en que quedó encendido;
Y á un roble fuertemente maniatado
El rostro infame le dejó escupido;
Que si Cupido está escupido y preso,
Será un gran necio quien perdiera el seso;

Deste, por quien la Esposa pide enferma
Que le cerquen de frutas y de flores,
Que no la deja que con gusto duerma,
Mas que vaya á buscar á sus amores;
Deste, que sana cuando mas enferma
Y da á mayores penas mas favores;
Deste, que trae cubierto de rocío
Al bello Esposo, que se abrasa al frío;

Deste, que en lazo fuerte y nudo estrecho
Pegó á David á Jonatás valiente,
Que siendo vida del ajeno pecho,
Cada cual dentro el propio gloria siente;
Deste, que olvida y deja su provecho,
Como el noble Moisés por la infiel gente,
Que pide sea su culpa remitida
O le borren del libro de la vida;

Deste, por quien Jacob, gallardo mozo,
Viendo los ojos con que su alma medra,
La inmóvil piedra levantó del pozo,
Quedando los demás como de piedra;
De aqueste, que al pastor del rubio bozo
Que al oso y al león del hato arriera,
Encendió por Michol el casto pecho
Hasta dejar el del jayán deshecho;

Deste, que corazones enajena
Y dió el pecho de Dios al regalado,
Su cuerpo y sangre en la postrera cena,
Las llaves de su cielo al Pedro amado,
Los pies á la amorosa Magdalena,
El paraíso á quien se le ha robado,
Su corazón á quien su pecho hierde,
Y su cielo al que amando le pidere;

De aqueste, pues quien libre esclavo ha sido
Y en medio su dulzura milagrosa,
Estando á su adorado tan unido,
Que siendo dos son una misma cosa,
Ha visto de sus ojos desasido
Su amado por la ausencia temerosa;
Mira á Josef y á su consorte bella
Sin corazón á él, sin alma á ella.

Los cuales ya después de haber gozado
Del sumo bien la infancia soberana,
En la ciudad donde juntó al brocado
El sayal bajo de la tela humana.
Después que cuatro años han pasado,
Y doce por el nieto de Santa Ana,
Al templo van de la ciudad famosa,
Llevando allá de Dios la luz hermosa.

Después de haber cumplido el sacro rito
Del sacrificio hecho en remembranza
De haber sacado al pueblo Dios de Egipto,
Frustrando del Rey impio la esperanza;
Se volvieron los dos á su distrito,
Conforme á la ley justa y cuerda usanza,
Que apartaba mujeres y varones,
Por evitar peligros y ocasiones.

Piensa la sola y sin igual doncella
Que va con su Josef el Niño hermoso;
Piensa el virgen Josef que va con ella,
Cada cual de su niño cuidadoso;
Llega primero la princesa bella
Al lugar concertado con su Esposo,
Donde de amor y ausencia combatida,
Espera á las dos almas de su vida.

Cada instante mil años le parece,
Y camino sin fin el corto trecho;
Crece el deseo y el ausencia crece,
Y crece el fuego en que se abrasa el pecho;
El alma temerosa se entristece,
Y el corazón en lágrimas deshecho
Sale al camino, y mira desojada
Si ve venir la luz del cielo amada.

Como la madre de Tobias ausente
Salía á ver si venía su querido,
Tierna, triste, amorosa é impaciente,
El corazón en llanto convertido,
Así la Virgen, que el corazón siente
Del golpe fiero de la ausencia herido,
Sale al camino, y como no parecen,
Menguan sus gustos y sus penas crecen.

Josef por otra parte cuidadoso,
Como tan nuevo en la insufrible ausencia,
Ansiado viene por su bien hermoso,
Que no hay vida ni bien sin su presencia;
Camina desalado y deseoso,
Lleno de amor y falto de paciencia,
A ver los que arrancados de su pecho
Se le dejaron de dolor deshecho.

Pregunta á los que encuentra si ha llegado
La mitad de su alma, su querida,
Y el Niño tierno de su pecho amado,
Que es de su vida y alma el alma y vida;
Nadie respuesta al justo Esposo ha dado;
La ausencia hace mayor la fiera herida,
El corazón estrecho, el paso alarga,
Que no puede sufrir la ausencia amarga.

Apenas divisó al Esposo santo
La Virgen sin la luz, que lo es del cielo,
Cuando deshecho el corazón en llanto
Salió á hacer Indias el indigno suelo;
Quedó su pecho como helado canto,
La sangre huyó, dando lugar á un hielo,
Que entró corriendo entre las venas frias,
Que las halló del noble humor vacias.

Quedó marchita la azucena y rosa
Del rostro hermoso bienaventurado,
Como suele quedar la flor hermosa
Cortada sin sazón del toseo arado;
Llega Josef y ve á su amada Esposa
Sin el bien que le trujo desalado;
Pásmose el corazón, el alma helóse,
Y al dolor grave sin morir murióse.

Con ser la pura sin igual doncella
De Josef alma mas que ella querida,
Con ser Josef de su adorada bella
La vida á quien estaba siempre unida,
Con ser extremo su deseo de yella
Y estar ella en su ausencia sin su vida,
De verse les pesó como se vieron
Sin el divino Niño que perdieron.

Josef va á preguntar por su querido,
Ella por su adorado le pregunta,
Él en mármol helado convertido,
Le vuelve por respuesta su pregunta;
Ella sintió su corazón herido
De un puñal fiero con la aguda punta,
A él le enclavó el alma el dolor fiero,
Que era su amor de padre verdadero.

Las palabras heladas se quedaron,
Y á las gargantas de los dos se asieron,
Las almas á los ojos se asomaron,
Y en lágrimas los ojos convirtieron;
Las lenguas mudas, sin hablar se hablaron,
Que los ansiosos ojos lenguas fueron;
Con la cabeza su descuido enlapan,
Y con hombros y cejas se disculpan.

Tendió la noche su estrellado manto,
Estorbando á los dos que no partiesen
A buscar el perdido sacrosanto,
Porque mayores sus dolores fuesen;
La Virgen, hecha mar de amargo llanto,
Hace que los de su Josef no cesen;
Él siente su valor y el de su Esposa,
Y el de los dos la Virgen dolorosa.

Los corazones puestos entre abrojos,
Heridos de enemigos pensamientos,
La sangre envían á los tristes ojos,
Que se anegan en penas y tormentos;
Mira á Josef la paz de sus enojos,
Reprime sus ansiosos sentimientos,
Su llanto bebe, su dolor se traga
Por no aumentar de su Josef la llaga.

El noble Esposo de dolor revienta,
Que dentro el pecho el corazón no cabe,
Y á no tener con su prudencia cuenta
Perdiera el seso entre la pena grave;
La Virgen su congoja y pena aumenta,
Temiendo que Josef la vida acabe;
Quiérelle consolar, pero no puede,
Que su dolor al de su Esposo excede.

El cielo con su tardo movimiento,
Dando vueltas sus ruedas inmortales,
Se las da de cordel al sentimiento
De los dos corazones virginales;
Desvelados los dos en su tormento,
Del alba ven las luces orientales,
Que enternecida de su justo lloro
Derrama perlas de sus rayos de oro.

Apenas les hirió su luz serena,
Cuando dejaron la oración ardiente
De vivas ansias y suspiros llena,
Vertidas por su Niño omnipotente;
La Virgen madre, mas que todos buena,
Por su camino vuelve diligente;
Josef, de llorar ciego, triste parte
Del que ya anduvo, por la misma parte.

Sonó su voz la tórtola afligida,
Y los valles y montes que la oyeron,
Su natural dureza enternecida,
A los tiernos gemidos respondieron;
La cándida cordera desvalida
Por el bien que del alma desasieron,
El dolor y la ausencia bala ansiosa,
Los cielos rompe y dice temerosa:

«Hijo de mis entrañas, mi querido,
Que bien se que escuchas mi tierno llanto,
Bien pareceis, Señor, Dios escondido,
Pues que lo andais de la que os ama tanto;
En qué, mi Niño hermoso, os he ofendido,
Que el alma triste entre mortal quebranto
Dejais de aquesta Madre que os adora
Y en vuestra ausencia sin consuelo llora?»

«¿Cuándo, mi amado, me desamparastes?
Cuándo sin mi licencia solo os fuistes?
Cuándo estos ojos, que de luz banastes,
Gustastes, Hijo, de dejarlos tristes?
¿Cuándo por vuestra ausencia lastimastes
El pecho de quien leche recibistes?
¿Cuándo me distes pena, Niño amado,
Por faltar á mi gusto y á mi lado?»

«Ay, Hijo mío! Si el tirano fiero
Como heredó del Rey la Tetrarquía,
Heredó del corazón de acero,
Su impiedad, su soberbia y tiranía;
Si alguno os denunció, manso cordero,
Y maniatado de la gente impía
Fuistes llevado al matadero infame
Para que vuestra sangre se derrame!»

«Oh! vosotros que vais por el camino,
Atended y mirad que dolor llega
Al que padece por su sol divino
El alma triste sin sus luces ciega;
¿Ay justo Simeon! Sabio adivino,
Ya el corazón en lágrimas se anega,
Ya tu cuchillo el alma me ha clavado,
Muriendo vivo sin mi dulce amado.»

«Otra vez que me hirió en la fiera huida,
Cuando triste, turbada y temerosa,
Sin gozo el alma, el corazón sin vida,
Guardé la amada de mi prenda hermosa,
No me vi de sus ojos desasida,
Ni sin sus brazos de jazmín y rosa
Aquestos míos, ni este triste pecho,
Que no estuviese trono de Dios hecho.»

Derrama de sus ojos soberanos
Arroyos de cristal resplandeciente,
De donde el alma con avaras manos
Hurta las perlas de su rico Oriente;
Caen en la tierra los preciosos granos,
Y la tierra en su guarda diligente
Los encierra por único tesoro
Entre las venas donde guarda el oro.

Pregunta con ternísimos balidos
Si han visto la beldad que anda perdida,
Perdida por ganar hombres perdidos,
Que ha de ganarlos con perder la vida;
Todos le multiplican los gemidos
Y el fiero golpe de la fiera herida,
Pues nadie ha visto entre el tropel copioso
Al mas que la hermosura misma hermoso.

Entra en Jerusalem triste y ansiosa,
Guiada del amor, que todo es trazas,
Y dice: «Buscaré mi prenda hermosa
A pesar de peligros y amenazas;
Rodearé triste la ciudad famosa,
Y buscaré por calles y por plazas
Al bien que adora y quiere el alma mía,
Resplandor de su padre y sol del día.»

«¿Por ventura habeis visto á mi adorado,
Hijas de la ciudad? Si por ventura,
La mayor que ser puede habeis hallado,
Pues es él la que eternamente dura;
Restituidme el hijo que he buscado,
Restituid al alma su hermosura;
Enjugué aquestas lágrimas que vierto;
Salga desta tormenta al dulce puerto.»

Ellas le dicen: «Madre hermosa y triste,
Dinos las señas del que tu amor llamas,
Que si lo es de tu alma y le perdiste,
Con justa causa el corazón derramas.»
La Virgen bella, que á su pena asiste,
Las dice: «¡Oh nobles virginales damas!
¿Cómo podréis oír sus señas ciertas
Sin que quedeis de sus amores muertas?»

«Es mi querido blanco y encarnado,
Hecho de clavellinas y azahares,
Es mi perdido, por quien yo lo he estado,
Escogido en millares de millares;
Son los cabellos de oro, en que ha enlazado
El alma que hace aquestos ojos mares,
Como tiernos cogollos de las palmas,
De que hace amor las redes de las almas.»

«Es la cabeza de mi amado tierno
Oro mas puro que el que Arabia cria,
Nacido en el Oriente sempiterno
Ante el lucero anunciador del día;
La frente hermosa de mi Niño eterno
Arco de paz tras la borrasca fría,
Cielo de amor que entre sus resplandores
Esparce gracias y derrama amores.»

«Sus ojos son de cándidas palomas
Puestas del agua clara á las corrientes,
Sus mejillas jardines son de aromas,
De rosas y de flores diferentes;
Sus labios de coral distilan gomas
De la mirra estimada de las gentes,
De que traigo un manojito entre mis pechos
En esta ausencia de dolor deshechos.»

«Son las manos del Niño soberano
Hechas á torno, de oro y de jacintos,
Su vientre hermoso de marfil indiano,
Donde hay zafiros varios y distintos;
Las fuertes piernas de mi Dios humano,
En quien cargan los once laberintos,
Son columnas de mármol; sus pies de oro,
Que pisan de los cielos el tesoro.»

«Es del Libano fértil su hermosura
Sobre las de los hombres admirable,
De un cedro descollado su estatura,
Y es todo junto mi querido amable;
Si sabeis, damas, de su beldad pura,
Decidle mi dolor incomparable,
Decidle cómo entre ansias y dolores
Enferma estoy de un mal que es mal de amores.»

Esta manera sollozando busca
Al que en su ausencia el corazón le parte,
Y al temor, que cual hielo la chamusca,
Vence el amor con que á buscarle parte.
José, á quien la pena el alma ofusca,
Ansiado y triste va por otra parte,
Por sus mejillas lágrimas vertiendo
Del corazón que se le está exprimiendo.

Por el camino por do vino vuelve,
Sembrando ansioso por la reculta tierra
El corazón que en lágrimas resuelve,
Que no cabe en el pecho que le encierra;
Dentro del alma mil cosas revuelve,
Que le dan sin cesar perpetua guerra;
La tierra fertiliza, el aire abrasa,
Montes de penas rompe, mares pasa.

»Ay hijo amado! dice, ¡ay mi querido!
¿Por qué, Señor, me habeis desamparado?
¿Cómo, si yo lo soy, anda perdido
El que al perdido quiere ver ganado?
Yo soy perdido, pues os he perdido,
Y vos lo estais, más es de enamorado;
Yo perdido sin vos pierdo la vida,
Que en esta amarga ausencia es bien perdida.

»¿Qué sentirá, Señor, quien sola un hora
En doce años no se ha visto ausente
De esa beldad que el alma me enamora
Y hace que el pecho de dolor reviente?
¿Qué podrá hacer el corazón que llora
Su vida amada que violentamente
Le han arrancado de en mitad del pecho,
Un mar de penas y dolores hecho?

»Y si es que no merezco, como creo,
Gozar de los favores que me hicistes,
Bien sabeis que jamás erró el deseo
Ni el gusto que con él me agradecistes;
De mi vida hice en vos dichoso empleo,
Y della, Niño, por servido os distes:
Si en lugar de serviros ya os ofende,
Vuelva esa luz y mi ignorancia enmiende.

»Es el pan de que como noche y día,
De lágrimas que amargamente lloro
Cuando ansiada me dice el alma mía:
¿Do está tu Dios? ¿Do está el Señor que adoro?
Es mi bebida la que el pecho envía
Del corazón, que se deshace en lloro,
Haciendo sencillos los arroyos tristes
Por las mejillas que de luz vestistes.

»Huis de quien á costa de su vida
La vuestra ha sustentado doce años,
Con su sudor ganando la comida
Entre enemigos propios y entre extraños?
Huis de un alma que á la vuestra unida
Los vuestros siente como propios daños,
Sirviéndoos, regalándoos como pudo,
Desde que al hielo os adoré desnudo?

»Por qué dejáis aquestos tristes brazos,
Que otro tiempo llorando deseastes,
Y haciendo de los vuestros dulces lazos,
Lleno de amor en ellos reposastes?
¿Cómo mi pecho no se hace pedazos,
Viendo, Señor, que helado le dejastes,
Habiendo sido vuestro escudo fuerte
Por vos puesto al peligro de la muerte?

»Cómo dejáis aquestos ojos tristes
Hechos fuentes de lágrimas y enojos,
Si son estos los ojos que dijistes
Que eran la luz de vuestros bellos ojos?
Cómo estas manos que gozoso asistes,
Y hinchéndoos de bienes á manojos,
Innumerables veces las besastes,
Agora, Niño, las desamparastes?

»Si es, Niño hermoso, que os habeis perdido
Porque mi triste corazón entienda
Que como está obligado no ha servido
Al bien que el Padre eterno me encomienda,
Con lágrimas del alma perdón pido:
Vos que veis mi dolor veréis mi enmienda;
Otro será de hoy más; volved, mi amado,
Volved y perdonadme lo pasado.

»Y si es, Señor, la culpa sola mía,
Que si será, pues nunca á vuestros ojos
Pudo ofender la angélica María,
Ni daros como yo injustos enojos;
¿Por qué dejáis su amada compañía?
¿Por qué enturbiais aquellos rayos rojos?
Volved á la que es más que todas buena:
La culpa tengo yo, tenga la pena.

»No pierda por mi culpa mi querida;
Volved á consolar á vuestra Madre,
Volved á dar á aquellos ojos vida,
Que son la luz de los de vuestro padre;
Mi vida, en llanto y pena convertida,
Hace que al cielo en mi dolor taladre,
Y que cubra de luto las estrellas,
Ausente de las dos mas que el sol bellas.

»Y si en aquesto el corazón no acierta,
Y es que perdido os he, mi Niño amado,
¿Habeis de mendigar de puerta en puerta?
¿Habeis de andar hambriento y fatigado?
¿Ay, que temo, mi amor, por cosa cierta
Que topareis algún desapiadado,
Que después de reñiros y afrentaros,
Un pedazo de pan no quiera daros!

»Ay, Ruben, que lloraste ansiado y triste
Al hermano empozado que no ballaste!
Y tú, Jacob, que tanto los sentiste,
Que los vestidos de dolor rasgaste;
¿Ay, mi abuelo David! ¿Di, ¿qué no hiciste
Por el ingrato hijo que lloraste?
Y tú, grave Tobias, ¿qué no hacías,
Ausente de tu casa tu Tobias?

»Pues todos juntos no sentistes tanto,
Tanto por ser mayor amor el mio,
Cuanto por ser más digno el solo Santo
Del amor que me tiene ardiendo frio;
Tanto porque no llega todo cuanto
Encierra el cielo á mi Criador, que crío,
Cuanto porque es el amor vuestro sombra
Del que me abrasa por quien mió se nombra.

»Ay dulce amado mió! Ay bello ausente!
Vuestro Padre defienda vuestra vida,
Y os provea con mano omnipotente
De posada, de cama y de comida;
Envíeos de su cielo resplendente
Gente de guarda de la mas lucida,
Que os sirva y os regale, amada prenda,
De mis faltas haciendo digna enmienda.

»Ay triste, que la vida se me acaba
Viéndome ausente de esa luz hermosa,
Y el cuchillo cruel el alma enclava,
Que Simeon pronosticó á mi Esposa;
En medio de la pena fiero brava
Que hirió esa carne de azucena y rosa,
Aunque mi corazón sentí deshecho,
Vios abrazado á aqueste triste pecho.

»En el camino largo y trabajoso,
Cuando á Egipto os llevé, sentí mil penas,
Temiendo no os cogiese el rey furioso
Y os hiciese morir por las ajenas;
Mas todas fueron, mi querido hermoso,
De mil consuelos y favores llenas,
Que la pena con vos es bien eterno,
Y el bien sin vos la pena del infierno.»

Esta manera, tristes y afligidos,
Andan José y su Consorte amada
Entre sus deudos y sus conocidos
Buscando la deidad disimulada;
José entre dolores y gemidos,
La tierra en tiernas lágrimas bañada,
Rodea, busca, pregunta, inquiere, mira,
Gime, solloza, túrhase y suspira.

Herido el pecho del amor divino
Que le da sacomano á sangre y fuego,
Desanda lo que ha andado del camino,
Y á andar lo tristemente vuelve luego;
No sabe por do va ni por do vino,
Loco de amores y de amores ciego;
Llega á Jerusalem triste y cansado,
Perdido, porque el niño Dios no ha hallado.

CANTO XXII.

De algunas alabanzas de san José, y de la pasión
de nuestro Redentor.

Al que el deseo da perpetua guerra
De romper libre por los aires vanos,
Y dejando la carga de la tierra
Entrar por esos cielos soberanos;
Gozar la gloria que la gloria encierra,
Sus bellos y divinos cortesanos,
Y ver entre su luz hermosa y pura
La hermosura, que excede á la hermosura;

Entre en la casa de José dichoso,
Entre y verá como su casa es cielo,
Verá el bien sumo, que hace al cielo hermoso,
Que vuelve cielo el venturoso suelo;
Verá al Eterno y todo poderoso
Entre el sayal del encarnado velo,
Que espaciando divinos resplandores,
Los del impíreo cielo hace mayores.

Verá una nueva Trinidad que admira,
De un solo Dios y tres personas bellas,
De quien la Trinidad de Dios se mira,
Gozosa en la beldad que mira en ellas:
Una es la que reporia á Dios la ira,
Que engendró al que es criador de las estrellas,
Que es de Dios hijo, la virginal Madre,
Madre de Dios y esposa de su Padre;

Otra es el Verbo eterno, que es el Hijo,
Nacido de la que es de Dios agrado,
Palabra que el eterno Padre dijo
En el principio, que sin él le ha dado;
Otra es José, que es gozo y regocijo
De la que engendra y del que es engendrado,
Pues procede de amarse los dos tanto,
Que sea su alma un Espíritu Santo.

Y si el que es Paraceto sempiterno,
Que procede del Padre y Hijo hermoso,
De los dos como de un principio eterno,
Es de la Virgen madre amado Esposo,
También José es della esposo tierno,
Sobre los de la tierra venturoso,
Pues fué en la tierra bienaventurado
Por la Esposa de Dios que Dios le ha dado.

Si él es consolador, José consuelo,
No solo de las almas afligidas,
Mas del sol, que nació temblando al hielo,
Y de la sola entre las escogidas;
Si él es el fuego que enamora al cielo
Y el gozo de las lágrimas vertidas,
José es fuego y gozo que enamora
Al Niño y Madre, que gozoso adora.

José es don de Dios á los dos dado
Para hacer sombra al celestial misterio,
En el trabajo su descanso amado,
Y en su cansancio dulce refrigerio;
Dulce huésped del alma regalado,
Que hospeda al Rey del celestial imperio,
Padre del pobre, que de amor deshecho,
Los abraza en su casa y en su pecho.

Dios es criador de cuanto mira el día,
De cuanto cine el mar y el cielo encierra;
Cria lo que no es Dios, mas José cria
Al mismo Dios, criador de cielo y tierra;
El cielo todo lleno de alegría
Y cuanto su estrellado manto cierra
Obedecen al niño Dios hermoso,
Y el niño Dios al justo venturoso.

Dios es de seralines adorado
Y de millares de ángeles temido;
José mejor que Dios reverenciado,
Pues es José del mismo Dios servido;
José manda al que todo lo ha criado,
Y Dios á todo lo que Dios no ha sido;
José es virgen, y de Dios es padre,
Y el dulce amado del y de su Madre.

Piensa José que su Consorte bella
Quizá como mas buena ha merecido
Hallar al que dejó sola doncella,
De su grana de polvo hizo vestido;
Lo mismo menos triste piensa ella,
Y así espera turbada á su querido,
Por ver si trae al sol de su remedio
Que la eclipsó poniendo tierra en medio.

Encuétranse los dos; quedan helados,
Y á las gargantas dados ciegos nudos;
Por los ojos en lágrimas bañados
Se hablaron, que son lenguas de los mudos;
Cada cual con suspiros abrasados,
Con que á los broncos de piedad desnudos
Pudieran ablandar, dicen, las penas
De que sus tristes almas están llenas.

Sus lágrimas amargas José bebe,
Cual las ha menester el triste pecho,
Que sin cesar ha tanto que las llueve
Que tiene el corazón de yesca hecho;
La Virgen el de no tocada nieve
Derrite al sol que le dejó deshecho;
José que ve su llanto, el suyo aumenta,
Y ella, el suyo mirando, le acrecienta.

Tres días de amarga ausencia padecieron,
Y treinta mil de penas y dolores;
Entran al templo, á quien enternecieron,
Que sabe hacer mercedes y favores;
Entran llorando, y de repente vieron
Al niño Dios en medio los doctores,
En su disputa, oyendo y preguntando,
Y en su saber á todos admirando.

El gozo, la dulzura, la alegría
De los dos corazones soberanos,
Digalo la seráfica María
Y el escogido en todos los humanos;
Que mal podrá decirlo alma tan fria
Ni los más abrasados cortesanos;
Ellos lo digan, ellos que lo saben,
Si es que en palabras tales glorias caben.

Que ni Abraham cuando al Isaac querido
Quitó la venda de su rostro bello,
Ni Jacob cuando al sin razón vendido
Los medio muertos brazos echó al cuello,
Ni cuando el buen pastor de amor herido,
De escarcha coronado su cabello,
Halló la oveja, y vió á Tobias su madre,
Y al pródigo el piadoso y tierno padre;

Ni todo cuanto todos se alegraron
Llegó al contento, que con colmo excede
Al dolor fiero que los dos pasaron,
Que en su presencia es bien que muerto quede;
Los dos á su querido se abrazaron;
El sus divinos brazos les concede,
Enmudecen las lenguas, y los ojos
Distilan de sus glorias los despojos.

»¿Cómo así con nosotros lo habeis hecho,
Hijo, le dice la que le ha engendrado,
Que vuestro padre en lágrimas deshecho
Y yo os habemos con dolor buscado?
El niño Dios enternecido el pecho,
Donde tres corazones se han juntado,
Humilde entre los dos su rostro esconde,
Y á las quejas de amor así responde:

»Para buscarme así, ¿qué ballais que cuadro,
Si sabeis cuánto importa que yo asista
A los negocios de mi eterno Padre,
Que es lo que me me ausentó de vuestra vista?
José, loco de amor, tierna su Madre,
Asidos al amor que los conquista,
Vuelven á Nazaret, y yo entre tanto
Doy fin alegre á aqueste triste canto.